



CAPITULO II

LA POESÍA ROMÁNTICA Y SUS VARIACIONES INTERIORES DURANTE SU PROPAGACIÓN EN EUROPA

En Alemania.—En Rusia y Polonia.—En Italia.—En España.—En Francia.—Influencias germánicas.—Escuela romántica.—Lamar-
tine.—Victor Hugo.—Posición tomada por los Borbones respecto de la literatura.—Inglaterra: Thomas Moore.—Shelley.—
Savage Landor.—Lord Byron.—Vida de lord Byron en Inglaterra y en el extranjero.—Naturaleza de la poesía individual de lord
Byron; acción ejercida por ella.—Su actitud respecto de la política.—Cambios en la influencia ejercida por la poesía de lord Byron.
—Italia y España.—Alemania: Boerne y Heine.—Francia: Victor Hugo y Beranger.

SÓLO en Alemania Schleiermacher, Dahlmann y Schlosser fueron precursores el resto de los hombres de la inteligencia, de los sabios, como dicen en el extranjero, menos modestos que nosotros «perseveran en toda la fuerza de su inercia y en el estado de inacción y de indolencia que caracteriza esta época de la historia alemana,» esto dice Gervinius y esto hay que tener por consecuencia como cierto.

Explicase esto por continuar aun imperando en los grandes estudios especulativos la teoría antigua del cultivo de la ciencia por la ciencia; precisa, pues, bajar de estas alturas á las de la literatura, para ver si los que cultivaban las bellas letras lo hacían también sólo para su regalo en jardines de su propiedad, ó si las cultivaban por lo contrario en los jardines y parques públicos.

Sucede en Alemania por este tiempo una cosa que no se explicaría si olvidásemos lo que hemos dicho del culto de la ciencia por la ciencia, esto es, que fuese decayendo en Alemania el romanticismo á compás de lo que iba creciendo en Francia. Por

esto la crítica se adelanta á Francia hasta el punto de no empezar en ésta sino después del desastre de 1870, cuando se trató de retemplar la inteligencia nacional con el estudio serio de todas las ramas de la ciencia.

El cristianismo alemán que, como ya hemos dicho, se había atrevido con éxito grandioso y con verdadero conocimiento con los libros santos del cristianismo, había de disgustar á las personas ilustradas con las obras prácticas de 1820 á 1830 ni más ni menos descabelladas que las de la época anterior, de un mundo lúgubre, fantástico, inverosímil, cantado en un lenguaje enrevesado y anti-natural y con un lirismo capaz de enloquecer al mismo doctor Pangloss.

Esta concepción era de una fantasía desordenada: lo mismo en el poema que en el teatro resultaban ridículas y despreciables cuando pasaba el furor que las había inspirado, así nadie ha dicho y ha tratado á los románticos alemanes como Heine quien pagó tributo á su tiempo, pero quien al romper la lira de los trovadores alemanes se apresura hacer obra de in-

quisidor con lo que había producido para que el mundo no se ría de él, pero así y todo, cuando se leen sus poesías del año 1822 y no se piensa en el Heine de tiempos más cercanos, no se puede contener la risa.

Nada, pues, de recomendable ofrece la poesía romántica alemana, fuera del hecho curioso de haber arrojado á los brazos de la ciencia á los grandes poetas de Alemania, á los Goethe, Schlegel y Rückert, que honraron nuestro siglo, manteniéndose solo Uhland con sus amigos de Suabia, como una protesta contra aquel derroche de fantasía, de donde salieron los cuentos de Hoffman y otras producciones por el estilo.

Solo un poeta, Platen, hubiera podido con su genio resistir los turores de la escuela romántica, si él mismo no se hubiese dejado llevar por ella á las mayores exageraciones, y no era una de las menores el poner los poetas italianos de su tiempo lo mismo delante de Homero que de Schiller.

Claro está que hubo de llegar un momento de reacción, de resistencia, y en Alemania todas esas cuestiones de intereses morales, acaban por ser una cuestión judía. Así de la disputa entre Platen é Immermann, nació la gran querrela política sostenida por los campeones de origen judío, quienes, como es fácil de comprender, partidarios de la igualdad, lidiaban con brío contra los teutomanos, para quienes la literatura, el romanticismo, no servía más que para realzar la insolente aristocracia alemana. Heine y Boerne fueron implacables, llegando hasta rechazar ese nombre de alemanes, si alemán significaba pertenecer á la escuela de Jahn y de Arndt.

«Esta oposición, que la joven literatura hacía al teutonismo, tuvo una importancia muy grave. Quebrantó hasta en sus fundamentos el romanticismo político de la juventud alemana; y su simpatía por la naturaleza, por la lealtad y las costumbres antiguas de los alemanes, por la fe de un Lutero y por las concepciones ideales de Schiller. En cambio los jóvenes alemanes aprendieron en esta escuela de un diletantismo político á acostumbrarse como en juego á todas las ideas del liberalismo francés. En las publicaciones periódicas, en donde Boerne practicaba su «patriotismo por su propia cuenta,» mostrándose muy atento á los signos de su tiempo, se colocó en algunos pasajes, completamente perdidos en medio de los artículos llenos de su bello espíritu, al lado de los publicistas de Jena. Hízose el panegirista de una representación nacional, de la autonomía de los pueblos, de la administración pública, de la justicia, de la igualdad de todos los ciudadanos delante

de la ley, y de una protección igual concedida á todas las religiones; mas hablaba con un tono talmente moderado, que hubo de avergonzarse él mismo cuando se hablaba de su liberalismo. En esta época era partidario de unos bríos que no ofrecían peligro, porque creía sin razón «que en tanto se necesitase valor para hablar en sentido liberal, todo lo que se dijera era inútil;» cuando más tarde escribió sus *Cartas de París*, olvidó la máxima mucho más justa, que enseña que es supérfluo tener un lenguaje liberal, desde el momento que se puede decir la verdad sin peligro.

»Por lo demás, no entendemos censurar esta moderación política de que dió Boerne prueba durante los primeros cinco años que siguieron al de 1820, que era una época de persecución; tampoco queremos reprochar á Heine el haberse abstenido durante este período, de toda tendencia liberal, ni á Platen el haber seguido una política individual, cuando renunció también provisionalmente á toda inmixción en la política pública, bien que sintiera profundamente el mal estar político que pesaba en su tiempo. Nosotros deseamos simplemente llamar la atención del lector acerca la reserva política de esos escritores, para que note tanto más fácilmente, la época en que esta timidez principia á desaparecer hasta en Alemania,—hacia 1825,—y en esos mismos hombres prudentes á quienes se puede llamar el aristócrata, el demócrata y el seudo demócrata ó el seudo aristócrata.»—*Gervinius*.

»En Rusia los hombres que compartían los sentimientos del viejo partido ruso, se encontraban, en el campo de las bellas letras, del lado de los poetas exclusivamente nacionales: de Lermonosov y Derchavine, cuyas odas estaban del todo conformes con la poesía clásica de los franceses. Estos hombres miraban naturalmente con prevención á los jóvenes intrusos, tales como Chonkovski, Bationchkov y Viazemski, quienes, después de la difusión de la literatura alemana, habían importado en Rusia sucesivamente el romanticismo germánico, y luego el de los escritores hispano-italianos, y en fin, el de los franceses. De la misma manera eran hostiles á Pouchkine quien, separándose de todos sus predecesores y de todos sus rivales, reseñó todas sus aspiraciones en sus escritos, en donde se mostraba enteramente dueño de la lengua sobre la cual ejercía, además, una influencia creadora; en los primeros tiempos, hacía hasta vibrar la cuerda nacional, tal cual gustaba verla el viejo partido ruso; pero últimamente era á Byron á quien debía los principales motivos de sus inspiraciones.

»Por el mismo camino habían entrado, con Pouchkine, los poetas poloneses que se habían agrupado en torno de Mickievicz, pertenecientes á las escuelas provinciales de Lithuania y de Ukraina...

»Entre estos poetas, además de Mickievicz, en quien reconocía Pouchkine á su hermano en poesía, hay que colocar á dos romancistas, á Bodan Zaleski, cuyos romances,—*doumki*,—se han convertido en cantos populares porque supieron apropiarse la poesía del pueblo, y á Severino Goszczynski, de quien se decía que por el sentimiento y por el tono, ocupaba un puesto intermedio entre Derchavine y Pouchkine, mostrándose á menudo más ruso que polaco.»

Merecen citarse de sus obras el *Castillo de Kaniev* de Goszczynski,—1828,—y la obra de Malczewski, *María*—1825,—poema lúgubre á manera de los de Byron, pues por lo que hace á la cuestión de forma, lo mismo los poetas rusos que los polacos son byronianos, quienes por medio de la estética del poeta inglés, iban sorbiendo la oposición que á la sociedad y al Estado hace el gran poeta de Inglaterra, de modo que no tardaron en entregarse á los sentimientos más elevados del alma, y entonces viendo cuán inútiles habían de ser sus esfuerzos en medio de una sociedad semi-europea y semi-asiática, es decir, semi-salvaje, desesperaban del mejoramiento de la presente por la persuasión y el ejemplo, y se arrojaban en brazos de las sociedades secretas.

Al pasar de este estado, digámoslo así, de crisálida á mariposa, fué cuando Pouchkine lanzó su *Oda á la libertad* que enardeció á toda la juventud liberal, valiéndole á su autor ser lanzado al destierro,—1819-1825,—á Mickievicz su internación en Rusia, á Rileyev su muerte por haber tomado parte en la insurrección de 1825 como hemos contado.

Los rigores del gobierno ruso produjeron el efecto apetecido. Pues mientras el polonés Garczynski se entregaba en Berlín al estudio de la filosofía, se espantaba Brodzinski al ver el entusiasmo popular producido por la influencia de Byron. De la misma manera se produjo el efecto contrario propio de toda reacción.

Pouchkine, por lo contrario, se exasperó lanzando una serie de escritos políticos de los más virulentos. Entonces brotó de su pluma su más célebre obra, *Olegina*, especie de imitación libre del *Don Juan* de Byron, en la cual rompía todas las convenciones sociales.

Las debilidades de Pouchkine, su inmensa caída

en brazos del emperador Nicolás que procuró deshonrarle haciéndole vestir el uniforme de chambelán, el menosprecio que mereció á sus compatriotas, cuya servidumbre defendió como beneficioso á polacos y á rusos, su triste muerte en duelo,—1837,—por causa de la fidelidad de su mujer, todo esto no interesa más que á su biografía. Caídas de esta naturaleza, por lo teatrales, no llegan á turbar la conciencia de los pueblos que adivinan luego sus miserias. Para combatir el escepticismo y la indiferencia, encuentra siempre el pueblo en la historia de su pasado martirio, la fe en lo porvenir.

Además, allí en donde uno cae, se levanta otro, y si Pouchkine con sus desfallecimientos pronosticó el triunfo del despotismo, Mickievicz con sus cartas ardorosas preludia la gran catástrofe de Polonia.

No fué menos notable la caída del gran genio italiano de esta época, de Leopardi, quien, sin embargo, antes y después de su caída, y aun hoy mismo, cuéntanlo sus compatriotas entre los mártires de la libertad italiana. ¿Por qué? Porque no se pudo dar del cambio de Leopardi razón alguna mezuquina, y se pudo poner en la cuenta de sus padecimientos físicos que le arrebataron joven á la vida, su escepticismo y su indiferencia.

Leopardi, que había empujado con sus obras á la revolución, después de los sucesos de 1821, desesperó de todo, no esperó nada, y acabó por no hacer nada. Dejó de hablar de política y de reivindicaciones sociales, dejó de ocuparse de los antiguos ejemplos y de la antigua historia patria; pero lo escrito por él quedaba, y no podía destruirlo ni enmendarlo. Había hecho sentir la grandeza de la patria; había hecho concebir las más hermosas esperanzas; si ahora vacilaba en fe, ¿su vacilación había de quebrantar la fe de los otros?

Con vivir tan poco, Leopardi vivió demasiado. Si hubiese desaparecido en 1821, se hubiese dicho que le había matado la catástrofe de la revolución italiana, pero como lo que escribió después de 1821 no lo leían más que los buenos paladares de la literatura, pues Leopardi fué siempre un clásico en medio de los extravíos de su tiempo, esta segunda parte de su obra literaria, no desluce la primera. Sus *Odas* continuaron leyéndose hasta 1870, en que Italia coronó la obra que en los tristes días de que hablamos, principiaron Manzoni con su *Oda á Napoleón*, Grossi, con su *Marco Visconti*,—1835. Niccolini, el jefe de la poesía política y nacional de los italianos, quien escribiendo desde Toscana en donde no se corría peligro de ir á parar á los calabozos de Austria, como Silvio Pellico, inflamaba los corazo-

nes con su ardiente fe en el próximo renacimiento de Italia.

«Más pesada todavía y más vejatoria, más variada y más extensa era la opresión que pesaba sobre la literatura y los literatos en España, durante los seis años que duró el gobierno de la camarilla de la demencia,—1814-1820,—y, después de la revolución de 1820 á 1823, bajo la dominación de los furiosos apostólicos. Todo lo que, en punto á elementos liberales, populares y humanitarios, pudieron penetrar de la literatura alemana é inglesa en Rusia y Polonia ó en Italia, todo lo cual había levantado un tanto la guerra de insurrección contra

Napoleón; en España, país separado del resto del mundo, el romanticismo no pudo penetrar hasta más tarde, y esto por medio de los intermediarios franceses é ingleses.

»Antes de esta época, las escuelas poéticas que acababan de formarse en España, no se apartaban gran cosa de la manera clásica de los franceses. A la Escuela de Salamanca, de la que había sido jefe Meléndez Valdés, había sucedido la de Sevilla, salida de una Academia de humanidades, de la que había sido fundador en 1793 Félix Reinoso. Todos los jóvenes de esta escuela, Alberto Lista, Roldán, y otros, y con ellos todos los espíritus eminentes



San Jorge.—Por FERNKORN.—Viena

tes de esta época, como Quintana, Gallego y Burgos, consideran á Meléndez Valdés como á su maestro común, como al restaurador del buen gusto y como al renovador de la poesía castellana.

»Una comunidad de tendencias y de esfuerzos unió á todos esos hombres con los mismos lazos. Por antiguo hábito, eran clásicos, empleando los procedimientos técnicos de la escuela francesa; estaban acostumbrados á hablar en la academia y á los sabios, pero no al pueblo. Según sus teorías, eran celosos defensores de los principios establecidos por Horacio, cuyas obras fueron reproducidas por Javier de Burgos, en una traducción celebrada como una obra monumental,—1820.—En sus poesías líricas, en sus himnos, en sus elegías, en sus odas profanas, en sus composiciones para concursos ó en sus poemas de circunstancias, no se ocupaban más que de asuntos propios de la esfera de la inteligencia, tratados con un estilo sin imágenes y con el lenguaje de la reflexión filosófica. Sin embargo, nunca dejaban de pagar tributo al gusto nacional, tal cual resulta representado por los héroes de la

antigua poesía española, pero tratando de conciliar la regularidad francesa, la libertad, el brillo y el esplendor del colorido que caracterizan á los Lope de Vega y á los Calderón.»

Todos estos hombres eminentes, todos los que pasaron por el tempestuoso tiempo de la guerra de la Independencia, tomaron parte activa en la política, siendo de notar que fuera el que quiera el campo en que militaran, se estimaron siempre, pues lo mismo los que se habían afrancesado como los que no quisieron someterse al despotismo napoleónico, buscaron en sus respectivos gobiernos ese espíritu liberal destinado á reanimar la moribunda nación española. Por esto cuando el más ingrato de los reyes triunfa, confunde en una común expatriación á josefinos y á liberales, unos y otros en los calabozos ó en el destierro reanudan las antiguas amistades y su fe en la causa de la libertad.

Pero llegan los más tristes días de la reacción y los entusiasmos se calman, y entonces aparecen en torno de Reinoso los prudentes Cean Bermúdez, Navarrete, Hermosilla, Miñano, Carvajal y otros,

preludiando al partido moderado; así cuando de 1820 á 1823, Burgos, Lista, Miñano se esfuerzan en hacer oír la voz de la razón, los realistas se enfurecen contra ellos por lo que aun tienen de liberales, mientras éstos los llaman traidores.

Después de 1823, la expatriación de todo lo que en España valía, fué general.

«En el seno de esta sociedad de seis á ocho mil proscritos, que excitaban la piedad de toda Europa, se vió nacer, en tierra extranjera, una literatura española, nueva y rejuvenecida. El marqués de Miraflores, Tapia y Florez Estrada, hicieron en Inglaterra su educación literaria ocupándose de es-

tudios serios; á su lado Alcalá Galiano, que había tomado una parte muy activa en las más enérgicas medidas de gobierno de los exaltados, encontró en medio de las aflicciones, la ocasión de des acostumbrarse de la vida sin freno que había llevado desde su juventud. El conde de Toreno, ese gran señor de principios igualitarios, ese escéptico con inclinaciones sibaríticas, escribió en esta ocasión la primera obra histórica española de importancia. El duque de Rivas, que compartía las ideas del conde de Toreno, se preparaba para convertirse en apóstol del romanticismo en España. Martínez de la Rosa, que cultivaba todos los géneros de la poesía era, á los



La Tarde.—Por SCHILLING.—Dresde

ojos de sus compatriotas, un verdadero genio poético, para acabar más tarde por no ser más que «un jardín lleno de flores sin color ni olor.» Por el mismo tiempo J. J. Mora y otros principiaron á traducir ó á imitar á Walter Scott, procurando así un diluvio de novelas, parecido al que diez años antes había inundado la Italia.

«Durante la misma época, las bellas artes descendieron, hasta en España, á una nulidad más completa aún de la que habían ya alcanzado de 1814 á 1820.»

En 1822 Alberto Lista, á quien habían despedido los del Angel Exterminador de su Colegio de San Mateo, y Gómez Hermosilla, agrupan á su alrededor una tercera generación de poetas, tales como Ventura de la Vega, Espronceda, Escosura y otros, que continuaron desde entonces sus estudios en la misma casa de Lista bajo la dirección de éste, en donde fundaron la *Academia del Mirto*; pero bien pronto la tirantez política trocó esa Academia en sociedad

secreta, cambiando el dulce y pacífico nombre del *Mirto*, por el fiero de *Numantinos*.

Descubierta esta sociedad en 1825, fué disuelta por el gobierno, escapando cada uno por su lado los que tuvieron esta suerte, pues otros fueron á parar á la cárcel, como Espronceda, de donde salió para el destierro, habiéndole precedido Escosura y otros. Los que escaparon sin ser conocidos se refugiaron en las tertulias del café del Príncipe ó en el del Duque de Frías.

Perseguidos los que quedaron por la inflexible censura del P. Carrillo, que mereció ser llamado «el verdugo de la inteligencia,» no había medio de dar á la publicidad, ni al teatro nada que viniera de un sospechoso. Lista no pudo hacer pasar una elegía religiosa imitación del *Cántico de los Cánticos*, porque Carrillo entendió que la resurrección de que allí se hablaba, no era la del Cristo, sino la de Riego, y que el Santo Madero no era la Cruz, sino la horca. De la misma manera Gil y Zarate, no pudo hacer